

# LA SOCIOLOGIA Y EL URBANISMO EN LOS ULTIMOS DIEZ AÑOS

**Jesús Leal Maldonado**

Durante los últimos diez años los planteamientos del urbanismo han pasado del reformismo participativo con el que se inaugura la década de los ochenta al pragmatismo actual pasando por una nostalgia de la creación artística arquitectónica. Pero esta evolución es en realidad una expresión del cambio experimentado en la orientación de las Ciencias Sociales, y más en concreto de la Sociología, que tras rechazar los planteamientos estructuralistas de la década pasada se vuelve hacia un empirismo anteriormente denostado.

Pero las grandes contradicciones urbanas surgidas por la desadecuación de los planes a las nuevas necesidades sociales traen de nuevo una exigencia de considerar las variables sociales y económicas en los planteamientos de futuro que se hacen de las ciudades actuales.

## Sociology and urbanism over the last ten years

The last decade has seen the urbanistic viewpoint shift from positive reformism at its beginning to our present day pragmatic stance, this having been assumed after a period of nostalgia for what was architecturally artistic and creative. This change is however in itself no more than that undergone by Social Science in the same period where, after tossing out the structuralist thinking of the previous ten years, things have turned, yet again, towards a hitherto reviled empiricism.

Be this as it may, the reality of our cities underscores just how inadequate old plans can prove when facing up to new never-envisaged needs, the which drag along with them the call for a reconsidering of social and economic variants prior to any further thinking as to such worlds.

**A** PROVECHANDO el aniversario de la revista podemos examinar el camino recorrido y tratar de interpretar qué es lo que ha pasado durante estos diez últimos años en el urbanismo español desde una perspectiva sociológica, con una intención más polémica que doctrinaria.

El remontarse diez años atrás, aunque la conmemoración de la revista sea la de veinte años, hay que justificarlo por el hecho de que son diez los años que cumplen los municipios democráticos españoles, tras haber sufrido un largo desierto de ser gobernados por personas no elegidas por los ciudadanos.

Es muy posible que el planteamiento de este escrito en sí mismo ya eche atrás a algunos de sus potenciales lectores, inducidos por las relaciones

tumultuosas que han tenido la Sociología y el Urbanismo durante los últimos años en España y que se caracterizan por un fuerte enamoramiento al inicio del período, consecuencia de un largo noviazgo durante la década de los setenta, pero que de una manera bastante súbita se ve afectado a comienzos de los años ochenta por una fuerte crisis en sus relaciones para volver a encontrarse de nuevo al final del período de una manera fría y convencional desprovistos de la relación amorosa previa.

Difícilmente se puede hacer un análisis de las relaciones entre el Urbanismo y la Sociología sin definir previamente los conceptos. La Sociología es una ciencia con una corta existencia cuyo objetivo fundamental es el estudio de los fenómenos sociales. Pero no debemos olvidar que parte de su novedad académica en España está relacionada con el rechazo sistemático de un Régimen Políti-

co autoritario que no estaba dispuesto a permitir el menor resquicio a la crítica social.

El Urbanismo, por su parte, es también una Ciencia Social, o al menos está más cerca de esa rama del saber que de cualquier otra. A fin de cuentas el Urbanismo trata de estudiar los fenómenos urbanos que no son otra cosa que la expresión espacial de los fenómenos económicos sociales y políticos. Algunos piensan que el urbanismo es una técnica o incluso un arte. Hasta se puede encontrar en un diccionario castellano una definición del urbanista como «seguidor de Urbano VI».

Este carácter convergente de Ciencia Social que tienen tanto la Sociología como el Urbanismo es importante porque lleva a que ambos estén condenados a encontrarse y relacionarse continuamente.

Hace diez años comienza una nueva etapa en el gobierno municipal que se caracteriza por la subida al poder de gobiernos de izquierda en la mayoría de las grandes ciudades españolas, sustituyendo a los gobiernos provisionales que habían sido puestos por la extinta UCD.

La toma del poder por parte de los nuevos ediles supone el planteamiento de una serie de problemas que van a marcar la primera etapa de gobierno municipal. En primer lugar existe una cierta prevención ante la complejidad del funcionamiento del aparato de gestión de un gran municipio, que a su vez viene reforzada por ciertas herencias del pasado no democrático que se expresaban en una carencia de equipamientos bastante notable, en la pervivencia de un elevado número de chabolas y de viviendas en malas condiciones y en la incertidumbre respecto a la evolución futura de la ciudad en medio de una crisis económica muy profunda a la que no se le veía la salida por ningún lado.

No es de extrañar que la primera reacción de estos ayuntamientos fuera la de asesorarse por los técnicos urbanistas y poner un poco de orden a partir de la exigencia que había de adaptar los planes de Urbanismo a la nueva Ley del Suelo de 1975. Por tanto una de las consecuencias de la democratización municipal fue la de redactar toda una serie de planes de urbanismo nuevos en los que se expresara la imagen de la ciudad de las nuevas corporaciones salidas de las urnas, y en la que se perfilaban los instrumentos para solucionar los problemas de equipamientos y vivienda en las ciudades a la vez que se elaboraba un instrumento de gestión urbanística y de programación de inversiones para los ayuntamientos que permitía tener unos objetivos de actuación municipal y poder perfilar los instrumentos para su realización. No resulta extraño que los objetivos y las propuestas de los planes de urbanismo redactados durante esta primera época pasaran a ser considerados en las elecciones posteriores como auténticos programas electorales por parte de los partidos políticos que querían continuar en el poder tras haberlo saboreado durante unos años.

Esta nueva generación de planes de urbanismo surgida a raíz de las primeras elecciones democráticas municipales tienen una serie de rasgos comu-

nes que se explican fácilmente por la coyuntura política del momento. Se trata de planes en los que se da una gran importancia a la participación ciudadana en la elaboración de las alternativas concretas que se les plantean. Incluso se llega a expresar que la manifestación de los deseos de los ciudadanos es la base para la construcción del Plan «de abajo hacia arriba», es decir, basado fundamentalmente en las reivindicaciones de los fuertes movimientos vecinales que los habían precedido durante la segunda mitad de los años setenta.

Pero la exaltación de la participación es anterior al proceso democratizador; en el caso del Área Metropolitana de Madrid ese movimiento se plasma en una serie de documentos concretos que son los Planes de Actuación Inmediata (P. A. I.), curiosa e irrepetible figura de planeamiento que trataba de recoger las necesidades de los ciudadanos en aquella situación y expresarlas en términos de plan de urbanismo para que pudiera servir de guía a la actuación pública en materia de vivienda y de equipamientos. En la práctica se convirtieron en una buena base informativa para la elaboración de los Planes Generales de Urbanismo que les iban a suceder en los respectivos municipios madrileños.

Otro de los objetivos generalizados de estos planes es el de conseguir reducir las desigualdades sociales, tratando de actuar de forma diferenciada en los municipios respectivos de manera que se mejoraran aquellas zonas de la ciudad que por tener una composición social predominantemente trabajadora no habían recibido los recursos necesarios para un desarrollo urbano digno.

El armar los procesos participativos y el delimitar con precisión las desigualdades sociales de la ciudad llevó a recurrir con frecuencia a los profesionales de la Sociología que los aplicarían. Esta actitud no tenía solamente un sentido práctico, sino que su importancia teórica fue considerable.

El recurso a una visión estructural de la ciudad concebida en términos marxistas impregna una buena parte de los documentos en los que se plasman los principios y objetivos de los nuevos planes, esto es tanto más curioso cuanto que en las propias ciencias sociales se estaba operando una profunda transformación teórica consistente en un fuerte rechazo de los estructuralismos y en unos intentos de reconstrucción de la realidad social a partir del dominio de las pequeñas parcelas del conocer a las que se llegaba a través de una concienzuda investigación. La corriente denominada radical, surgida en los finales de los años sesenta, terminaba por imponer sus modestos planteamientos de que lo importante era ir a la raíz explicativa de los fenómenos que se querían conocer sin más perjuicios teóricos o ideológicos que el de una inquietud profunda por el conocimiento de esos fenómenos.

Las nuevas corrientes teóricas tienen un fuerte impacto en el pensamiento urbanístico y los propios científicos sociales iconoclastas que proclaman la muerte de la razón social, concebida ésta como la muerte de los perjuicios estructuralistas en los análisis sociales, ven revolverse contra ellos

personalmente sus argumentos en la medida en que puesta en entredicho la justificación política del reequilibrio social se busca de prisa y corriendo otra razón que justifique dicha actuación, razón de lo concreto que en el caso del Urbanismo se encuentra en un diseño urbano cuidadoso que algunos le aplican el calificativo de artístico. La estética se transforma para algunos en una auténtica ética de la actividad urbanística, en la medida en que se convierte en el principal justificante de la intervención urbana.

Fruto de ese nuevo cambio de orientación que procedente de Italia se extiende a través de Cataluña hacia toda la Península es el desarrollo de las intervenciones puntuales que tratan de mejorar la estética urbana, con resultado diverso en la mayoría de las ciudades españolas; el auge de la arquitectura posmodernista juega un papel de suma importancia en ese proceso. Los sueños de una renovación estructural de la ciudad que se habían alimentado en la década precedente, en la que como bien se puede ver en los PAI cualquier actuación sobre un punto de la ciudad trataba de plantear todo el conjunto de la misma, pasa al extremo opuesto de considerar que lo importante es solucionar los problemas formales concretos con una armonía estética adecuada, ya que ello por sí solo iría transformando el conjunto de la ciudad. Una expresión de eso es el denominado «urbanismo de acupuntura» o la expresión de que la «forma impera sobre la función» a la hora de establecer las actuaciones urbanísticas concretas.

El rechazo del Urbanismo Funcionalista de los años sesenta lleva, por un lado, a buscar en la Historia un nuevo modelo y una explicación a las transformaciones urbanas acaecidas recientemente; como si se tratara de una nueva moda, las imágenes del pasado, sobre todo del primer tercio de siglo, anterior a la Segunda Guerra Mundial, centran la atención de los urbanistas.

Directamente relacionado con este renacer de la Historia del Urbanismo, se da el retorno al centro de la ciudad de forma que lo que comenzó planteándose como una exigencia de austeridad se convierte en un precepto de la moda. Los profesionales ilustrados, y los urbanistas a la cabeza, descubren el centro de las ciudades como lugar de residencia, con los encantos que supone la proximidad de los espectáculos y de las diversas manifestaciones culturales donde se oficiaban las nuevas liturgias que canalizan las relaciones sociales. Esa vuelta al centro trae consigo, debido a lo limitado de su capacidad, una ascensión imparable de los precios inmobiliarios que sólo se estabilizarán al llegar a emular a las grandes ciudades europeas.

La vuelta al centro convive con la planificación de las nuevas periferias con formas ortogonales copiadas de los ensanches del siglo XIX, pero con un marco social y un proceso productivo muy diferente al que facilitaron en su momento aquel desarrollo. Las nuevas formas que se proyectan no se confrontan con la capacidad productiva, con el tamaño de las promociones o con la propia imagen social de la vivienda.

Resulta de nuevo interesante comparar esa dinámica del quehacer urbanístico con la experimentada en el pensamiento sociológico en el que con una cierta antelación ya se habían rechazado las visiones holísticas de la ciudad para volver a posiciones empiristas fuertemente denostadas años atrás. Lo curioso no es tanto ese paralelismo, ya que si el urbanismo es una Ciencia Social y la denominada Teoría del Planeamiento no es otra cosa que una aplicación de las teorías sociales, se trata de una relación normal. Lo anormal es que eso se dé en aras de un rechazo de las Ciencias Sociales.

Este cambio en la orientación del urbanismo español es acorde con las ideas de los nuevos filósofos españoles. La exaltación de la figura de héroe solitario frente al protagonismo anterior de la colectividad lleva en su traducción al Urbanismo a pasar de la figura del reformista participativo de la época de los PAI al héroe artista capaz de imponer su visión del mundo, por arriesgada que ella fuera, al conjunto de los ciudadanos. En ese sentido resulta interesante que cuando el propio resultado estético de alguna actuación se pone en entredicho, los comentaristas deseosos de alabar al autor recurren a calificaciones que tratan de expresar las solitarias virtudes del riesgo, de la valentía impositiva, etc. Desde luego sería interesante realizar un análisis de contenido de los textos escritos a propósito de las intervenciones urbanísticas recientes, en la medida en que nos podrían aportar una visión panorámica de los nuevos valores aplicados al urbanismo.

Una buena parte de estos cambios producidos en el Urbanismo vienen también motivados por la pérdida de interés de los propios ciudadanos respecto al mismo en un momento en el que la imparable ascensión del desempleo y la profunda crisis económica llevaba a ocuparse de la necesidad de reactivar el crecimiento económico y la creación de puestos de trabajo como uno de los objetivos fundamentales de la actuación pública. Los temas urbanos, como temas de consumo secundario, son dejados de lado frente a la necesidad más perentoria de poder trabajar todos los días. Sólo cuando se supera la crisis y se activan fuertemente las contradicciones urbanas por la carencia de infraestructuras y por la especulación sufrida volverá a reactivarse el interés popular por el Urbanismo, pero en este caso la desarticulación de los primitivos movimientos sociales urbanos lleva a que las reacciones que se produzcan estén mediadas por instituciones políticas, sindicales u otras.

Esa pérdida de relevancia social del urbanismo provocó en buena parte de los investigadores y científicos sociales europeos una consecuente actitud de derivar las investigaciones hacia otros objetos y de centrar las construcciones teóricas en otros temas de carácter más general, hasta el punto de llegarse a plantear la existencia de una Sociología Urbana no espacial. La pérdida de interés de las ciencias sociales por el planeamiento urbano se manifiesta por la drástica disminución de los temas de planeamiento en las revistas sociológicas o geográficas, por la desaparición de dichos

temas en los congresos y por la fuerte disminución del número de estudiantes con formación de origen en ciencias sociales en los cursos de Planeamiento Urbano en las universidades europeas.

Pero el poder del planeamiento como instrumento de la política urbana es tan elevado que no se puede dejar que sus grandes decisiones sean fruto de la lógica de los propios urbanistas, con lo que se inventa un nuevo procedimiento que inicialmente trata de desbloquear situaciones sin salida, pero que más tarde se generaliza bastante, se trata de los «convenios». El «Urbanismo de Convenio» es una de las expresiones de esa nueva política urbana que concibe el Plan como una síntesis de los diversos intereses sociales, los intereses de los inversores por un lado y los intereses de los ciudadanos representados por los concejales elegidos.

Este «Urbanismo de Convenios» se basaba en un pragmatismo de la intervención urbanística, pero en realidad tenía los pies de barro por el hecho de tratar de establecer las decisiones fundamentales del planeamiento por cauces no del todo correctos legalmente. Si el convenio era firme se había obviado la aprobación del consistorio y si no lo era se estaba falseando la situación real.

Quedaría incompleta esa síntesis de los cambios operados sin hacer una mención especial al hincapié en el «Planeamiento de Gestión». El intento de preparar documentos que fueran fácilmente gestionables y las posibilidades de establecer desde los documentos de los planes generales un programa que pudiera servir de marco para la intervención municipal supuso un esfuerzo notable, que no tuvo una acogida entusiasta por parte de los responsables municipales, que ignoraron en gran medida estos documentos. El «Urbanismo de Gestión» fue otro de los hitos importantes en la Edad de Oro del planeamiento urbano español en el comienzo de los años ochenta.

Se podría tratar de analizar los efectos perversos y beneficiosos que este cambio de orientación en los planes de urbanismo está suponiendo en nuestras ciudades, porque al igual que sucedía con el planeamiento funcionalista ha habido formas de aplicación de las nuevas corrientes mejores y peores, geniales y zafias. Pero creo que esa labor de juicio debería integrar perspectivas complementarias para poder ser más ecuánime y valiosa.

## LA CIUDAD ACTUAL

En estas circunstancias cabe preguntarse qué es lo que puede pasar de cara al futuro y cuál debe ser la aportación de las Ciencias Sociales en el Urbanismo.

Los recientes fenómenos de crecimiento de precios de los bienes inmobiliarios en las ciudades, con las enormes consecuencias sociales que ello trae consigo, y el caos circulatorio producido en algunas de nuestras grandes ciudades vienen a ser un nuevo toque de atención, en primer lugar para los ciudadanos que se ven obligados a desviar de

nuevo su atención hacia los temas urbanísticos, pero por otro lado los propios urbanistas compelidos por los políticos necesitan aportar respuestas concretas con base en todas las ramas del conocimiento que puedan de alguna manera explicarnos las contradicciones generadas y darnos algo de luz sobre las soluciones que hay que aportar.

La comprensión de los problemas actuales de las ciudades españolas pasa en gran parte por un análisis económico y social de los mismos, los condicionantes fiscales de la dinámica de los precios inmobiliarios, las repercusiones sociales de un alargamiento del tiempo de transporte o de un uso más intenso del vehículo privado en los desplazamientos urbanos son cuestiones actuales a las que cualquier urbanista no puede sustraerse.

De nuevo hay que buscar en las bibliotecas los viejos manuales de Economía que trataban de explicar la formación de las rentas del suelo, que habían sido arrinconados en el fragor de las discusiones sobre el formalismo, tratar de establecer una medición aproximada del tamaño de las necesidades de vivienda en una sociedad estancada demográficamente o conjugar las necesarias constricciones que implica la ordenación funcional del tráfico urbano con un talante permisivo y no autoritario que no vicie las relaciones entre el Poder Local y los ciudadanos.

Es muy posible que lo acaecido durante los últimos tres o cuatro años en nuestras ciudades lleve de nuevo a replantearnos esas situaciones de enfrentamiento entre técnicos de diferentes disciplinas en el urbanismo y a proponer de nuevo la exigencia de una nueva colaboración, en la que aunque no exista el enamoramiento que caracterizó los comienzos de la década precedente, venga exigida por el interés de mejorar y hacer más agradable la vida de los ciudadanos.

En la actualidad las preocupaciones de los investigadores que trabajan sobre los impactos espaciales de los procesos económicos y sociales se centran en primer lugar en tratar de establecer las dinámicas concretas del crecimiento actual y sus repercusiones en términos espaciales, preguntándose por los sectores que crecen y los que decrecen, por las características de los ciclos económicos a los que nos vemos sometidos y por la interrelación con lo que está sucediendo en otros países.

Desde un punto de vista sociológico preocupan especialmente los procesos de polarización social con el agravamiento de las desigualdades sociales, sobre todo a partir de la salida de la crisis económica; las nuevas formas de vida emergentes en una sociedad en profunda transformación por la aplicación de las nuevas tecnologías a la producción y al consumo. Las nuevas formas de canalización de los intereses ciudadanos a través de procesos de asociacionismo diferentes.

Finalmente se desarrollan de nuevo los estudios sobre ciertos elementos de consumo, como la vivienda o la sanidad, que afectan poderosamente a la calidad de vida de los ciudadanos y cuya com-

preñión necesita también de una fuerte dosis de investigación.

Todo apunta a que los viejos métodos de intervención sobre la ciudad basados en la intuición dan paso a análisis más rigurosos en los que se establezca una explicación más detallada y comprensiva de los fenómenos sobre los que se quiere actuar. El despotismo ilustrado de gestores y plani-

ficadores no puede durar y es posible que tengamos que volver a emprender procesos de participación ciudadana, no tanto para recoger la escasa presión reivindicativa de los ciudadanos como para poder transmitir una exigencia sincera de colaboración de los habitantes de nuestras ciudades en la solución de los problemas que tanto afectan a sus formas de vida.